

# El imperio del miedo

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

**L**a vida del hombre transcurre entre el miedo que le produce no conocer el sentido de la propia existencia y el miedo al hambre, a la falta de libertad, al dolor, a la muerte, y muy especialmente, a la violencia.

Con mayor o menor intensidad y lucidez, este saber, este notar, que se vive inmerso en el miedo, se da en la vida de cualquier persona, por muy feliz y optimista que aparente ser –e incluso que lo sea–, y por mucho que los no felices, los temerosos, quieran escapar del azaroso y angustiante vivir en un mundo hostil y sin sentido. Las soluciones extremas son buscar refugio en la soledad y en la supuesta paz de la naturaleza o cobijarse en un mundo interior propio, creado para tal fin.

Pero no hay escape: la condición de los hombres supone vivir en sociedad, y los avatares y el temor que tal vivir produce, persiguen al que huye o al solitario a donde quiera

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO,  
escritor

que vaya, en donde quiera que esté, en apartados escondrijos físicos o en sus fortalezas interiores.

Virgilio, que aborrecía la política y temía la violencia, abandonó el bullicio de Roma y se retiró a vivir al campo. Se asentó en una finca familiar, en el pueblo de Andes, su tierra natal, junto a Mantua, y allí escribió las "Bucólicas". Pero la guerra entre César y Pompeyo le alcanzó en su rincón y la finca fue expropiada para ser repartida entre los veteranos de las legiones de César. Virgilio, pese a su ya notable fama, tardó mucho tiempo en recuperar aquellas propiedades, y aun así como si se tratara de un favor que le hicieron las autoridades.

Entre tanto, regresó a Roma, pero aquella vida seguía sin gustarle, y pasaba la mayor parte de su tiempo alejado de la ciudad. Su nuevo refugio lo escogió en Nola, cerca de Nápoles: durante este periodo de su vida escribió las "Geórgicas", hasta que a Nola llegaron las salpicaduras de otra lucha por el poder, esta vez entre Octavio y Marco Antonio. Virgilio y su amigo Horacio tuvieron que acompañar a Mecenas, que

hacía de mediador entre ambos contendientes, hasta Brindisi. Fracasada la mediación, Virgilio tomó partido en favor de Octavio, que resultó vencedor, y éste obligó al poeta a que aceptase escribir un poema épico que narrara el origen divino de Roma y de la familia Julia. Esta

VIRGILIO,  
que aborrecía la  
política y temía la  
violencia, abandonó  
el bullicio de Roma

fantiosa y bellísima epopeya nacional romana –el viaje y las aventuras de Eneas desde Troya hasta la tierra en donde se había de fundar Roma– está llena, necesariamente, de luchas, muertes, traiciones y castigos: el temor a la violencia que siempre sintió Virgilio, aflora en sus versos como escapando del encierro al que le había sometido el poeta.

Veinte siglos más tarde, Jorge Luis Borges, que sentía también miedo a la violencia de la sociedad, se refugió en un mundo personal, hecho de cultura, memoria y sueños; a esta actitud le acompañó su progresiva pérdida de la visión, hasta llegar a la ceguera. El habitante de la planta sexta de la casa de la calle Maipú, esquina a Alvear, en pleno fervor de Buenos Aires, no pudo escapar nunca al terror que la violencia le producía.

A Borges no le importaba que la violencia fuese cuestión de pugna entre compadres, cuestión de chulos y bandoleros, o bien que fuese el resultado de guerras, revueltas, terrorismo y represión: toda violencia engendra violencia, y en poquísimos casos tiene justificación. Para un fatalista, para un catastrofista histórico tan lúcido como fue Borges, el miedo a la violencia se sumaba al miedo que le producía la incognoscibilidad del mundo, la falta de sentido de la existencia. "Yo vivo –escribió en 'El hacedor'–, yo me dejo vivir para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica..." ●